

Los fundamentos de la Mariología en las Epístolas de San Pablo⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

C. Medianera universal.

En pocos puntos de la Mariología se nota acaso menos precisión de conceptos que en la cuestión, hoy día tan tratada, de la mediación universal de María. Que la Virgen Santísima sea medianera universal, es punto indiscutible, de que sólo podrá dudar quien no sienta palpitár en su pecho un corazón de hijo para con la Virgen, o no sepa lo que es el corazón de una madre. Este solo hecho de ser María Madre nuestra —¡y qué Madre!—, es razón más que suficiente para convencer al más obstinado de que la Virgen se interesará eficazmente por todos sus hijos y por todas sus cosas; en otras palabras, que interpondrá su poderosa mediación en favor de ellos. Y dado el valimiento que por otra parte ha de tener necesariamente con su Hijo divino, por fuerza ha de tener mucha parte en todos los bienes que de él reciben los pobrecillos hijos suyos, que gimen en este valle de lágrimas. Así que en el hecho de la mediación universal no hay ni puede haber para un corazón cristiano la menor duda. Mas viniendo a investigar en concreto la naturaleza o carácter de esta mediación y los fundamentos teológicos en que se apoya, hemos de confesar que en ambos puntos hemos advertido no pocas veces ambigüedades y deficiencias, que convendría descartar. Preguntamos, pues: 1) ¿en qué consiste exacta y precisamente la mediación universal de María?; 2) ¿cuáles son los argumentos teológicos con que se demuestra?

No es, ni puede ser, nuestro propósito desarrollar aquí estos dos puntos con la amplitud que se merecen. Del primer punto sólo nos toca precisar en qué sentido concreto se ha de entender la mediación universal, en cuanto puede ser demostrada por el Proto-Evangelio considerado a la

(1) Véase el número 6, pág. 134.

luz de San Pablo. Del segundo sólo hemos de manifestar cómo de estos dos documentos bíblicos se deduce la universal mediación de la Virgen Santísima en el sentido establecido.

1.—Definición de la mediación universal.

La palabra «mediación», aplicada a la Santísima Virgen, es rigurosamente exacta: por lo mismo hay que entenderla con toda exactitud. Según esto, toda acción atribuida a María en la economía de la gracia, debe contenerte dentro de los límites de una estricta mediación. La acción de María, y aun la acción de Cristo Señor nuestro en cuanto hombre, en el mundo sobrenatural, no es, ni puede ser, la que corresponde a Dios, primer origen y autor de toda gracia y primer determinador de su economía y distribución. Fingir en Dios una pasividad o indeterminación, que dejase en manos de María la libre determinación de la gracia, el gobierno del mundo sobrenatural, sería diametralmente opuesto a la enseñanza del Apóstol, que con notable insistencia atribuye a la bondad, misericordia y caridad de Dios Padre esta acción inicial y libre disposición de la gracia, conforme a los consejos eternos de su predestinación. Mas, por otra parte, la acción de la Virgen, si no excede los límites de una mediación, alcanza empero toda la amplitud de su significación. No es la de María una mediación de solo nombre, precaria e ineficaz, sino mediación real y poderosa. La luna no tiene luz de sí misma; mas no por eso ilumina menos la tierra con la luz, que, partiendo del sol, recibe primero en sí, y luego transmite a la tierra.

Por su mediación la Virgen es «medianera», no «intermediaria». No es la suya una mediación tal, que interponiéndose entre ambos extremos, más bien que unirlos o ponerlos en relación, antes los separase. No hay que imaginarse que, puesta entre Jesús y nosotros, la Virgen hace nuestras veces para con Jesús y las veces de Jesús para con nosotros, sin que nosotros y Jesús lleguemos a una comunicación inmediata y directa. No: la Virgen ha de reanudar nuestras relaciones con Jesús o favorecerlas, no cortarlas e impedirlas. La Luna no ha de eclipsar al Sol. Mas, por otra parte, si por María hemos de llegar hasta Jesús, una vez llegados al Hijo, no por eso hemos de abandonar a la Madre. La mediación de María no es precaria o transitoria. Al introducirnos a la presencia de Jesús, no queda María excluida de la real audiencia; no es una dama de honor, que nos introduce hasta el Rey, y luego se retira: es la Reina Madre, que nos acompaña.

pañía hasta la presencia del Rey su Hijo, y que, para dicha nuestra, no nos deja a solas con Su Divina Majestad. Así que, con su amorosa mediación, la Virgen no nos eclipsa a Jesús, ni queda tampoco eclipsada por Jesús. En el cielo de la gracia, brillan mejor juntos el Sol y la Luna.

La mediación de María puede considerarse bajo dos aspectos: mediación entre Dios y los hombres, y mediación entre Cristo y nosotros. Esta segunda mediación que acabamos de tomar como ejemplo, y de la cual suele hablarse más ordinariamente, no es, sin embargo, a nuestro juicio, la principal. Mucho más importante, teológicamente, consideraremos la mediación de la Virgen con Dios, que no es otra cosa que la asociación de la Virgen a la mediación de Cristo. Claro está que no tratamos de dos mediaciones distintas de la Virgen, sino de dos aspectos, relacionados entre sí, de una misma mediación, que asociada a la de Cristo se dirige a Dios, y que luego se vuelve al mismo Cristo.

Esta asociación de la mediación de la Virgen a la de Cristo hay que entenderla rectamente, para no dar pie a la mala inteligencia y lamentable confusión en que han caído de ordinario los Teólogos protestantes. Primeramente a ningún Teólogo católico se le ha ocurrido jamás pensar que la mediación de María fuese absoluta e intrínsecamente necesaria para la redención, ni menos que fuese en sí misma suficiente. Además, tampoco tiene en sí misma valor propio independientemente de la mediación de Cristo, respecto de la cual ocupa un lugar secundario de subordinación y dependencia absoluta. No añade a la mediación del único Mediador nada que de él no reciba; pero sí hace, por libre disposición divina, que esta mediación única se nos aplique definitivamente.

Esta mediación de María por asociación a la de Cristo no hay que entenderla tampoco simplemente en cuanto por María como Madre se nos haya dado a Jesús, y luego por Jesús y en Jesús, sin otra intervención de María, nos viniesen todos los bienes. No hablamos de esa mediación indirecta, remota o virtual, cuando hablamos de la mediación de María, sino de otra mediación, que suponiendo la primera y derivada de ella, se extiende directa e inmediatamente a la distribución de las gracias: hablamos de una mediación actual.

Si, más en concreto, consideramos la manera como la Virgen ejerce esta mediación actual, hallaremos que María, lo mismo que Cristo, la ejerce de dos maneras: por la aplicación de sus merecimientos y por su intercesión suplicante. «Precibus et meritis B. Mariae Virginis...», como ruega la Iglesia.

Por fin, al decir que esta mediación es universal, entendemos que se extiende a todos los hombres y a cada uno de ellos, a todas y a cada una de las gracias.

Precisados así los términos, veamos cómo semejante mediación puede colegirse del Proto-Evangelio iluminado con la Teología de San Pablo.

2. Fundamentos de la mediación universal de María.

Comencemos por la mediación entre Dios y los hombres, que corresponde a María por su íntima asociación a la persona y a la obra de Cristo. Esta mediación está incluida en el título fundamental de «Segunda Eva» y en los títulos derivados de Corredentora y Madre espiritual de los hombres.

I. MEDIACIÓN UNIVERSAL DE LA SEGUNDA EVA.

Los inmensos alcances, la asombrosa fecundidad que en sí entraña el título fundamental de María de «Segunda Eva» sólo llega a entreverse, cuando en virtud de una lógica irresistible se llega a las últimas consecuencias. La asociación, la unión de la «Segunda Eva» con el «Nuevo Adán» es por una parte tan estrecha y por otra tan amplia, que la acción de María, compenetrada con la acción de Cristo, se extiende hasta donde ésta alcanza. Sin duda que la acción de Cristo es primaria y tiene valor propio, al paso que la de María es secundaria y no tiene otro valor que el que recibe de Cristo; pero aparte de esta diferencia, esencialísima a no dudarlo, la acción de María tiene la misma extensión que la acción de Cristo. Del carácter de «Nueva Eva» hemos ido deduciendo consecuencia tras consecuencia: quedarse a la mitad del camino y no llegar hasta donde nos lleva la fuerza de los principios establecidos y admitidos no es lógico ni razonable. Y no tememos aseverar que quien no vea esta última consecuencia brotar espontáneamente del principio fundamental, es que no ha penetrado todo lo que significa el título de «Segunda Eva».—Aunque bastaba ya esta consideración general, creemos que, dada la importancia de la materia, no será inútil descender a consideraciones más particulares y concretas.

En este punto el Proto-Evangelio es menos terminante que lo será San Pablo. Con todo, si se reflexiona atentamente, se le hallará más fe-

cundo de lo que a primera vista pudiera parecer. En efecto, ¿por qué de él se deduce, o mejor, por qué en él se afirma implícitamente la Concepción Inmaculada de María? Evidentemente la razón es: porque la unión de María con Cristo y su hostilidad contra la serpiente son tan absolutas y universales, que comienzan ya desde el primer momento de la existencia de María. Pues, si son tan absolutas y universales desde el principio, ¿por qué no lo han de ser igualmente hasta el fin? Si la maternidad divina de María, puesta como en el centro de sus prerrogativas, alcanza, por decirlo así, hasta el último límite en sentido ascendente, ¿por qué no ha de alcanzar igualmente hasta el último extremo en sentido descendente, donde se halla la mediación universal? Todas las gracias que se conceden a los hombres son, en su aspecto negativo, un principio de hostilidad contra Satanás, y, en su aspecto positivo, un principio de unión con Cristo. Sobre todas estas gracias la acción de Cristo es universal e inmediata. Luego María, asociada desde un principio a Cristo y a su obra, integra aunque subordinadamente, tiene su parte en esta acción de Cristo universal y directa.

Mucho más fecunda es la concepción Paulina del «Nuevo Adán». Para no volver sobre lo dicho ya tantas veces, sólo notaremos aquí el carácter de Mediador universal que atribuye el Apóstol al «Nuevo Adán». Para convencerse reléase el pasaje antes transscrito del capítulo V de la Epístola a los Romanos (5, 12-21): basta recordar aquí aquellas expresiones: «Como por la ofensa de uno solo recae la condenación sobre todos los hombres, así también por la justicia de uno solo viene sobre todos los hombres la justificación de vida. Porque como por la desobediencia de un solo hombre fueron todos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán constituidos justos los que son muchos... Para que, como reinó el pecado en la muerte, así también reinase la gracia por la justicia para la vida eterna, POR JESU-CRISTO SEÑOR NUESTRO». Ahora bien, si este carácter de Mediador es tan propio del «Nuevo Adán», sigue lógicamente que el oficio de Medianera será igualmente característico de la «Segunda Eva». Y como la mediación del Hombre nuevo es universal e inmediata, no hay razón para negar que lo sea también la de la Mujer nueva, si bien subordinada a la primera.—No son ajenas de este lugar aquellas expresiones tan Paulinas de «revestirse del hombre nuevo» (Eph. 4, 24; Col. 3, 9; Rom. 13, 14; Gal. 3, 27), «llevar la imagen del hombre celeste» (1 Cor. 15, 49), con que sintetiza el Apóstol la integridad de la vida espiritual, relacionada con la imagen del Nuevo Adán, y expresan

consiguientemente la mediación universal y actual del Hombre nuevo en el orden de la gracia: universalidad y actualidad, que luego se derivan a la Segunda Eva.

Hay en San Pablo un texto, que a primera vista parece excluir toda mediación, que no sea la de Cristo. Dice así el Apóstol en su Primera Epístola a Timoteo: «Recomiendo, pues, ante todas las cosas, que se hagan súplicas, oraciones..., por todos los hombres... Pues es esto conveniente y aceptable en el acatamiento de Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres sean salvos... Porque uno es Dios, y uno también el Mediador entre Dios y los hombres, un hombre, Cristo Jesús, quien se entregó a sí mismo como precio de rescate por todos» (1 Tim., 2, 1-6). Con todo, tales palabras, lejos de excluir la mediación de la Virgen, antes bien la precisan y aun la confirman. Porque, primeramente, la mediación única de Cristo, tan categóricamente afirmada por el Apóstol, si excluye toda otra mediación que no dependa de la de Cristo y se reduzca a ella, no excluye empero otras mediaciones secundarias y subordinadas a la del único Mediador. Y así el Apóstol no sólo no prohíbe las oraciones, la intercesión de unos en favor de otros, para que todos sean salvos, lo cual manifiestamente es una mediación, sino que antes positiva e instantemente las recomienda. Mucho menos excluye, por tanto, la mediación de María, tan subordinada y unida a la de Cristo. En segundo lugar, el Mediador único es «un hombre»: término importantísimo, que sin excluir la personalidad divina del Mediador, designa su naturaleza humana. Es que Cristo es Mediador en su personalidad divina, en cuanto ésta subsiste, no en su naturaleza divina, sino en su naturaleza humana. Además, este «hombre», al intervenir en favor de todos los hombres, uno por todos, es evidentemente en la mente de San Pablo el Hombre nuevo, el Segundo Adán, que, representante de todos y cabeza de todos, intercede por todos. Y si esto es así, este «hombre», Mediador único, reclama la asociación y colaboración de la «Mujer», a su modo también «única Medianera» entre Dios y los hombres. Por fin nótese que la mediación, según San Pablo, la ejerce el Salvador en concreto por el sacrificio y la oración, esto es, por os merecimientos y la intercesión.

II. MEDIACIÓN UNIVERSAL DE MARÍA, COMO CORREDENTORA

Si la «Segunda Eva» participa de la mediación universal propia del «Segundo Adán», por igual razón la Corredentora ha de participar de la mediación universal del Redentor. El raciocinio tiene idéntica fuerza en ambos casos. En efecto, en la redención podemos distinguir dos como momentos: en el primero, virtual (acto primero), se merece la gracia; en el segundo, actual (acto segundo), se reparte la gracia o se aplican los méritos. El primero mira principalmente a la muerte en cruz sufrida por obediencia; el segundo a la perenne intercesión del Redentor en los cielos, donde vive eternamente «para interceder por nosotros» (Hebr. 7, 25). Ahora bien, una vez que se reconoce a María como Corredentora, asociada activamente a la Redención de Cristo, ¿qué razón puede alegarse para limitar esta asociación al primer momento de la Redención, en que el sacrificio del Redentor nos merece la gracia, y no extenderla al segundo, en que con su intercesión nos la aplica? En otros términos: la aplicación individual de la gracia es como el último acto o fase de la Redención: sin esta aplicación todo lo que precede sería infructuoso. Pues, si la redención, para no ser inútil, ha de llegar hasta el fin, ¿por qué la corredención habría de quedarse a medio camino? Dios no hace las cosas a medias. Luego la mediación de la Corredentora es actual y universal, lo mismo que la del Redentor, aunque siempre dependiente de ella.

Como complemento o resultado de esta argumentación es digna de notarse la dignidad excelsa e incomparable que proviene a la mediación de María de esta universalidad inmediata y actual. Dios en sus consejos eternos de misericordia tenía decretada la repartición de las gracias a los hombres; mas para su realización exigía, después del pecado de Adán, el sacrificio de Cristo, único, que, después de expiado el pecado, podía merecernos condignamente la gracia divina. Cristo, no sólo víctima, sino también Sacerdote eterno, no sólo ofreció al Padre los merecimientos de su sacrificio, sino rogó en la cruz y ruega incessantemente en el cielo para que el Padre, conforme a estos merecimientos, realice sus planes de misericordia. Por sus méritos y por su intercesión Cristo es el único Mediador cuya mediación tenga valor propio. Mas de un modo secundario y dependiente, la mediación de María, asociada a los merecimientos y a la intercesión de Cristo, es también condición a su modo necesaria para que Dios lleve al cabo sus designios misericordiosos en favor de todos y de cada uno de los hombres, en todas y cada una de las gracias.

III.—LA MEDIACIÓN Y LA MATERNIDAD ESPIRITUAL

También la maternidad espiritual de María lleva consigo su mediación universal. Fácil fuera demostrarlo por la misma condición de Madre, y más aún por las delicadezas y desvelos del corazón materno, y tal Corazón, que nada olvida, a todo se extiende. Pero este punto es demasiado claro y conocido, para que aquí, de propósito, tratemos de explanarlo. Más conexión tiene con nuestro objeto la relación que del Proto-Evangelio y de San Pablo puede colegirse entre la mediación y la maternidad espiritual de María.

En el Proto-Evangelio, la Mujer anunciada es la Madre de la «Descendencia» en toda su integridad, como antes hemos ya declarado. Ahora bien, tanto la Madre como la «Descendencia» mantienen hostilidad y luchan victoriamente contra la serpiente. De suerte que la relación de maternidad y de filiación entre la Mujer y su «Descendencia» está como en función de esta hostilidad, lucha y victoria. Luego la «Descendencia» íntegra nace de la Mujer, victoriosa y en cuanto victoriosa. Esto es, así como Cristo, que es principalmente la «Descendencia», nace de María, no sólo en cuanto hombre, sino en cuanto Redentor; así los demás hombres incluidos en la «Descendencia» nacen igualmente de María, en cuanto participantes de la Redención y vencedores de la serpiente. Así como, según antes dijimos, al nacer de María está vinculada la filiación adoptiva de Dios, así igualmente se debe a este nacimiento la victoria sobre la serpiente. Ahora bien, esta victoria en concreto no se verifica sino mediante la gracia divina. Luego, finalmente, la aplicación y distribución actual de la gracia está en función de la maternidad de María. De donde igualmente la mediación actual, a que se debe la concesión de la gracia.

En San Pablo, la maternidad espiritual de María se expresa bajo tres aspectos: 1), en cuanto de ella «fué hecho» Cristo, para que nosotros recibiésemos la filiación adoptiva de Dios; 2), en cuanto es Madre de la «Descendencia» espiritual de Abrahán; 3), en cuanto es Madre del Cristo místico. Ahora bien, bajo los tres aspectos, la maternidad de María termina en la gracia, o, hablando escolásticamente, tiene por término formal la gracia. Bajo el primer aspecto, la adopción filial es la gracia misma santiificante con todo el cortejo de gracias que la preceden, acompañan o siguen. Bajo el segundo aspecto, es efecto de esta adopción la bendición de Abrahán, que alcanza a los Gentiles en Cristo Jesús, como dice el Apóstol, «para que recibamos la promesa del Espíritu» (Gal. 3, 14). Bajo

el tercer aspecto, la Maternidad de María abraza «todas las bendiciones espirituales con que Dios nos bendijo en Cristo Jesús» (Eph. 1, 3), «para que fuésemos santos e inmaculados en su acatamiento» (Ib. 4). Todas las gracias están, por tanto, vinculadas a la maternidad espiritual de María. Si estuviesen vinculadas solamente a su maternidad natural respecto de Cristo, entonces su influjo en las gracias concedidas a los fieles sería mediato o remoto; mas como están vinculadas también a su maternidad espiritual, que respecto de todos y de cada uno de los hombres es inmediata, de ahí que sea también inmediato su influjo en todas las gracias. Por todo lo cual la mediación de María es universal y actual.

Para que esta acción universal e inmediata en el orden de la gracia no se crea ajena de una pura criatura—acción por lo demás meramente moral y recibida de otro—, basta traer a la memoria aquellas palabras del Apóstol, que contienen un raciocinio perfectamente aplicable al caso presente: «Quien aun a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con El todas las cosas?» (Rom. 8, 32). De semejante manera, podemos argüir: si por María nos ha sido dado Jesús, ¿qué maravilla, si se nos dan también por ella todas las demás cosas, que cierto comparadas con Jesús valen tanto menos?

IV.—MEDIACIÓN DE MARÍA PARA CON JESÚS.

A la mediación de María para con Dios se agrega su mediación para con Cristo Jesús; mediación, sin duda, secundaria respecto de la primera, pero en cambio más propia y personal. Esta segunda mediación se funda en la posición eminente y única que ocupa la Santísima Virgen por ser simultáneamente Madre de Jesús y Madre nuestra. Es, por tanto, una consecuencia de esta doble maternidad, antes establecida. A la verdad, como Madre de Jesús, tiene María con su divino Hijo un valimiento, por no decir autoridad, que ninguna otra criatura posee; y como Madre nuestra, se toma el interés, que solas las madres saben tomarse, por todos y cada uno de sus hijos, por todas y cada una de sus cosas. Esta verdad tan consoladora es bastante manifiesta, para que sea menester desenvolverla aquí más ampliamente. Baste decir que el Corazón maternal de María para con nosotros y el Corazón filial de Jesús para con María son garantías suficientes de la intervención o mediación universal e inmediata de la Madre en favor de sus hijos, y de la benevolencia y generosidad inagotable con que otorga el Hijo divino las peticiones de la Madre.

Para concluir este punto, acaso no sea inútil advertir que esta doble mediación de María, esta especie de dualismo, por decirlo así, no debe desorientarnos, como si encerrase alguna incoherencia. Al contrario, está muy en armonía con la doble naturaleza de Cristo. Lo que pasa en María es aún más visible en Cristo. Sin salir de las Epístolas de San Pablo, Cristo aparece unas veces como Dios, de quien viene la gracia, a quien van dirigidas nuestras plegarias y bendiciones; otras veces aparece como hombre, mediador entre Dios y los hombres, por quien y en quien el Padre nos colma de bendiciones espirituales y nosotros glorificamos al Padre. Conforme a este doble carácter de Cristo, María es proporcionalmente, ya Medianera para con Dios juntamente con Cristo, ya Medianera para con el mismo Cristo Señor nuestro. Y como en la obra de la redención y en todo el orden sobrenatural Cristo hombre aparece más de relieve o como en primer término, de ahí consiguientemente que la mediación de María por asociación a la de Cristo tenga más relieve e importancia teológica.

D. Resurrección anticipada y asunción.

Estos nuevos privilegios de María, que ya en el Proto-Evangelio se hallan implícitamente revelados, tienen en San Pablo su más completa justificación.

En el Proto-Evangelio, María asociada a la victoria del Nuevo Adán sobre la serpiente, participa de los frutos de ella. Por esta victoria quedaron vencidos el pecado y la muerte. La muerte, en efecto, es, según la narración del Génesis, pena y consecuencia del pecado. «El día en que comieras (del árbol de la ciencia del bien y del mal), habrá dicho el Señor a Adán, morirás» (Gen. 2, 17). Y después de cometido el pecado, en castigo de él dijo el mismo Señor al hombre: «Puesto que has oído la voz de tu mujer y has comido del árbol del cual te había yo mandado que no comeses..., con el sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra, de donde has sido tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás» (Gen. 3, 19).

Esto supuesto, se puede argumentar de dos maneras. Primeramente, la victoria de la «Descendencia» sobre la serpiente no fué sólo victoria sobre el pecado, sino también victoria sobre la muerte. Luego la Mujer, asociada a la victoria de la «Descendencia», por el mismo título y de idéntica manera participó de una y otra victoria. Y como por su posición privile-

giada y única, por su prioridad relativa en la obra de la redención, participó con privilegiada y única anticipación de la victoria sobre el pecado en la Concepción Inmaculada, de semejante manera, por una anticipación privilegiada y única, había de participar de la victoria sobre la muerte resucitando anticipadamente y siendo elevada en cuerpo y alma a los cielos. En segundo lugar, la Mujer, si bien por privilegio y secundariamente, se halla constituida en el mismo orden que su «Descendencia». Y pues la «Descendencia», Cristo, por su victoria contra la muerte adelantó la resurrección, igualmente debió también adelantarse la resurrección de la Mujer.

En San Pablo adquieren singular vigor las insinuaciones del Proto-Evangelio. Además de las consideraciones generales, análogas a las hechas anteriormente, sugiere el Apóstol tres reflexiones más particulares.

En primer lugar, recuérdese con qué energía formula el Apóstol, a manera de ley o de axioma, la conexión de la muerte con el pecado, sólo insinuada en el Génesis: «Por el pecado la muerte». Y añade: «Y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom. 5, 12). Luego suprimido el pecado, queda suprimida la muerte; y evitado totalmente el pecado por singular privilegio y anticipación, por semejante privilegio anticipado había de ser María exenta de la muerte.

En segundo lugar, lo que poco antes había dicho, que «Cristo resucitó de entre los muertos», «por un hombre (ha de venir) la resurrección de los muertos», «en Cristo todos serán vivificados» (1 Cor. 15, 20-21), así lo resume el Apóstol: «ha sido hecho el último Adán espíritu vivificante» (lb. 45). De donde al Nuevo Adán pertenece vivificar o resucitar los cuerpos y en virtud del espíritu adornarlos de cualidades espirituales. De ahí que la Nueva Eva, elevada al orden del Nuevo Adán y con él estrechamente unida, ha de participar por singular título y privilegio del espíritu vivificante, en virtud del cual debió resucitar anticipadamente, lo mismo que el Nuevo Adán. No es posible tan íntima unión con el espíritu vivificante y ser presa al mismo tiempo de la muerte y del sepulcro.

Finalmente, «Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que duermen. Porque, pues por un hombre vino la muerte, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque, como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Mas cada uno en su propio orden: las primicias, Cristo» (1 Cor. 15, 20-23). Existe, por tanto, en la resurrección, según el Apóstol, cierta jerarquía. Cristo, el Nuevo Adán, tiene el primer lugar en todos sentidos, y forma como las primicias de la resurrección. Luego María también, asociada al Nuevo Adán como

Segunda Eva, con posición privilegiada e incomunicable, pertenece sin duda al orden de las primicias: y por tanto había de resucitar, como Cristo, antes de la general resurrección.

Mas ¿por qué, se preguntará, murió al fin María? La muerte, pasajera, de María, lejos de ser una dificultad, es, a nuestro juicio, un dato importantísimo que ilumina la Mariología entera. María, exenta de todo pecado, y consiguientemente de la muerte, pena del pecado, murió con todo, como murió Cristo, y no por otra razón sino por la que murió Cristo. Al ser asociada María a la persona y a la obra, y consiguientemente al sacrificio del Nuevo Adán, había de morir como él, asociando su muerte a la del Redentor. De ahí que el hecho de la muerte de María, unido al derecho que por privilegio poseía de exención de la muerte, es una confirmación manifiesta de su carácter de Corredentora. Si por su total exención del pecado María no debía nada a la muerte, en calidad empero de Corredentora debía someterse a ella. La Nueva Eva debía seguir en todo la suerte del Segundo Adán.

CONCLUSIÓN

MARÍA EN EL UNIVERSO

Por el pecado del primer hombre no sólo quedó arruinada la humanidad, sino también a su modo todo el mundo, la creación entera. Este estado de violencia, este trastorno universal, insinuado con bastante claridad en el Génesis, adquiere incomparable relieve en el Apóstol. Son verdaderamente de trágica grandeza los sentimientos de ansiedad y agonía que San Pablo atribuye a la creación insensible violentada por el pecado. «La expectación ansiosa de la creación está aguardando la manifestación de los hijos de Dios. Es que la creación fué sujetada a la vanidad, no de grado, sino por causa del que la sujetó, con la esperanza (empero) de que también la misma creación será libertada de la servidumbre de esa corrupción, (y restituída) a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que la creación entera prorrumpió en un gemido universal, y está toda ella hasta el presente como con dolores de parto» (Rom. 8, 19-22). El Nuevo Adán, al destruir el pecado y reparar todas sus ruinas, libertó también a toda la creación de la ignominiosa servidumbre del pecado que la oprimía y de la maldición consiguiente que sobre ella pesaba. Por tan-

to, la repercusión universal del pecado provoca y revela una resonancia igualmente universal de la redención. Y aquí también puede decirse que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, y que el mal fué sobrepujado por el exceso del bien. María, la Nueva Eva, la Corredentora, la Madre de los hijos gloriosos de Dios, a la medida en que contribuyó a la reparación del pecado, contribuyó al restablecimiento del orden universal, a la liberación de la creación entera. De ahí la autoridad, la realeza, que corresponde a María, no solamente sobre la humanidad redimida, sino también sobre toda la creación.

Además, Cristo es cabeza no sólo de la Iglesia, sino también a su manera del universo entero, que está como recapitulado y concentrado en Cristo (Eph. 1,10). Como el Cristo místico es una expansión del Cristo natural y personal, así proporcionalmente la recapitulación y como concentración de todos los seres de la creación en Cristo es a su vez una como extensión del Cristo místico. A su modo, pues, toda esta unidad universal es también fruto de María, tiene en María su origen y como sus raíces. María es la raíz de donde ha germinado el pimpollo de bendición, que gracias a su divina vitalidad ha atraído, absorbido e incorporado en sí toda la creación. Con razón, pues, el pueblo cristiano, después de contemplar la gloriosa asunción de María a los cielos, contempla como su glorificación definitiva y última su coronación como reina de los hombres y de los Angeles, emperatriz del cielo y de la tierra, soberana Señora de todo el universo.

* *

«A JESUS POR MARIA», suele decirse, y con razón. Pero esta verdad tan fecunda y consoladora en la vida práctica, en el orden especulativo ha de invertirse: «A MARIA POR JESUS». Hemos visto, en efecto, que en el orden lógico, lo mismo que en el orden ontológico, toda la excelencia de María está vinculada a su unión con Jesús, de quien todo lo recibe. La raíz de todos los privilegios de María es siempre su asociación, como nueva Eva, al Nuevo Adán. Para conocer, pues, a María, vayamos a ella por Jesús, fuente y origen de sus excelencias; para amar a María, vayamos también a ella por Jesús, principio de toda su amabilidad; mas para hallar propicio y benévolos a Jesús, para obtener su gracia y sus favores, vayamos a Jesús por María. Y en todos los casos, no separaremos a Jesús de María, ni a María de Jesús. No ose el hombre separar lo que Dios tan estrechamente juntó.

JOSÉ M. BOVER.